**Cargador frontal Komatsu 470[[1]](#footnote-1)**

(Alex Vigueras Cherres, sscc)

Cuando Oriel dejó a las personas que había cargado en el balde de su Komatsu 470, un cargador frontal de 23 toneladas, cada una de ellas se acercó a la cabina y le hizo un gesto de agradecimiento. Él les devolvió el saludo con la mano en alto y una sonrisa. Estaban irreconocibles, con las caras embarradas, con todo embarrado. Solo sobresalía el blanco de los dientes y los ojos.

Desde la noche anterior las calles de Diego de Almagro estaban inundadas por el desborde del río Salado. Las intensas lluvias cordilleranas habían provocado uno de los aluviones más grandes de los que se tenga memoria.

Su jefe en la mina Manto Tres Gracias los había convocado el día anterior para ayudar en el rescate de la gente que estaba aislada. Entre los operadores de maquinaria pesada Oriel destacaba. Su jefe sabía que podía pedirle a él aquello que los demás no se atrevían a hacer. Extrema habilidad y osadía era algo que no todos tenían.

Estaba exhausto, pues había estado sacando gente la tarde del día anterior y toda la mañana. De hecho, ese era el tercer viaje de ese día. Sentía fatiga y había comenzado a entumirse. Cuando bajó para estirar un poco las piernas se encontró con el comandante de bomberos que lo andaba buscando

* Tenemos una unidad atascada y está con gente. El Álvaro estaba en ese carro y parece que resbaló y cayó al agua. Está desaparecido.
* ¿El Álvaro? Yo conozco a ese cabro.

Sintió que algo se le apretó en el estómago. Hasta ese momento habían logrado rescatar a mucha gente, pero no contaba con que alguien pudiera morir, menos todavía el Álvaro que era cadete de bomberos junto a su hermano menor.

Se dio la vuelta de inmediato y se encaramó en el cargador. A medida que se iba acercando al lugar el agua iba subiendo y tomando más fuerza. Sentía cómo lo chocaban los durmientes, las piedras, los muebles que arrastraba el agua, y el cargador se movía con cada golpe. Cuando tuvo el carro de bomberos a la vista divisó en el techo a cuatro adultos y tres niños.

Se fue acercando lentamente, atento a cada maniobra. En un momento sintió que el agua lo levantaba y un frío le recorrió por todo el cuerpo. Ese cargador pesaba 23 toneladas ¡y estaba comenzando a flotar! Así de grande era la fuerza del agua. No sabía qué hacer pues veía cómo el carro de bomberos se movía, lo cual indicaba que se podía volcar. Pero no pudo acercarse.

No le quedó otra que meter reversa y buscar un lugar seguro. Ahí se quedó esperando. Desde donde estaba pudo ver cómo en cierto momento la fuerza del agua giró la posición del carro.

Comenzó a sudar y a temblar. Nunca había sentido algo así. No podía controlar el temblor de sus manos. El pie que tenía en el acelerador también temblaba. Estaba solo, no tenía a quien pedir ayuda. Y desde el carro le hacían señas para que se acercara.

El agua no bajaba… pero Oriel se decidió a hacer un nuevo intento. Avanzó lentamente. Sabía que tenía que subir primero hasta donde pasa la línea del tren y después bajar hasta la parte que llevaba más agua. El cargador se movía. Escuchaba el ruido ensordecedor del agua, el mismo ruido que no lo había dejado dormir la noche anterior, pensando en las personas que no habían podido rescatar y tuvieron que pasar la noche en los techos.

En cierto momento, se dio cuenta que no podía avanzar más. Así es que levantó el balde hasta la altura del techo del carro. Quedaron a una distancia de unos cinco metros.

En ese momento salió de la cabina y gritó a uno de los bomberos que estaba en el carro

* ¡Pongan una escalera!

El bombero sacó rápidamente una escalera y la instaló como un puente entre el techo del carro y el balde.

Oriel se subió y cruzó hasta el carro. Cuando llegó la gente lo abrazaba, lloraban

- ¡Gracias! ¡Qué bueno que vino!

- Tenemos que sacarlos rápido. Yo voy a cruzar primero con los niños.

Tomó a uno de los niños bien firme con el brazo derecho y comenzó a cruzar gateando, la mano izquierda la llevaba firmemente agarrada de la escalera. Todo se movía. Y seguía escuchando ese ruido ensordecedor. Cuando logró cruzar dejó al niño en el balde

* Quédate aquí, no te muevas… voy a buscar a los otros… no te va a pasar nada.
* Sí.

El niño tiritaba…

Así cruzó a los niños, uno por uno.

Cuando solo quedaban los dos adultos y los dos bomberos les gritó

* ¡Crucen con cuidado!, ¡afírmense bien!

Y se quedó en el balde junto con los niños.

Mientras cada persona cruzaba, él repetía en voz baja

* Vamos, pasa, pasa, rápido…

Se daba cuenta que no les quedaba tiempo, pues el agua seguía subiendo.

Cuando ya estuvieron todos en el balde, se metió de un salto a la cabina del cargador y lo sacó de allí.

A poco andar vieron cómo el carro de bomberos se dio vuelta y se perdió en el agua.

En determinado momento uno de los niños que iba en el balde lo miró, le hizo señas y le sonrió. Oriel le devolvió el saludo. Recién ahí se dio cuenta de lo cerca que había estado, que habían estado todos, de morir.

Sus manos y su pierna derecha seguían temblando.

1. Relato basado en una entrevista a Oriel Chirino, realizada en abril de 2018. [↑](#footnote-ref-1)